

**XXXVI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana**  
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - julio de 2024

**En nombre del recuerdo. Formas que adquiere la memoria en *El bosque de tu nombre*,  
de Karina Pacheco Medrano**

Lic. Nicole Cecilia Risnik  
UBA-ILH

**“No todo murió, ni toda la valentía quedó en el pasado”  
(Pacheco Medrano, *El bosque de tu nombre*)**

La novela *El bosque de tu nombre* (2013) de la autora peruana, Karina Pacheco Medrano, traza un recorrido que sitúa como punto de partida a la ausencia. Sus personajes atraviesan diferentes procesos de transformación a partir del reconocimiento de una ausencia, que primero encuentra su forma en el silencio, y luego da lugar a la presencia a través de la narración. En este camino, aquello que no es dicho en vida y se descubre después de la muerte, al ser develado, permitirá construir un nuevo diálogo, particularmente entre padre e hijo, que está signado por la constitución de una nueva intimidad de la que el vínculo carecía hasta entonces. A partir de esto, esta exposición buscará abordar los mecanismos por los cuales la intimidad enraizada en la memoria familiar, pero también en la memoria nacional de Guatemala, toma un valor fundamental para pensar la conformación de la identidad de los personajes.

Para comenzar con esta lectura, es importante reconocer que si bien la novela se construye a partir de diferentes voces y relatos, es también una historia signada por los silencios. León Cordado nació en Guatemala y conoció a su mujer, Miriam, en México, con quien tuvo a sus hijos Ariel, Miriam y Christian, en Inglaterra. Luego de su muerte, su hija descubre una especie de diario íntimo en el que su padre contaba diversas situaciones vividas en Guatemala, en períodos en los que las fuerzas militares habían tomado el poder y se desarrollaba un intenso conflicto armado también a manos de fuerzas paramilitares. León lleva este diario en un cuaderno de la infancia de su primer hijo, Ariel, y es a él a quien Miriam le comparte este escrito, para que determinaran si su madre debía leerlo o no. Este cuaderno develará entonces aquella historia que su padre decidió no contar *a viva voz*, pero que sí logró permanecer en el tiempo a través de la palabra escrita. Para Ariel, quien narra esta novela, esta decisión se despliega como un interrogante y a su vez, como una oportunidad para escapar de cierto mutismo deliberado que constituía al vínculo familiar,

sobre todo, con respecto a los recuerdos que León guardaba sobre ciertos acontecimientos violentos vividos en Guatemala.

El diario de León se configura como una confesión que permaneció como un secreto guardado y a la vez, como una expresión sobre su vida en el exilio y el dolor que seguía sintiendo por su tierra natal. A partir de la lectura de este diario, muchas dudas permanecen, pero algunas certezas comienzan a hacerse paso. En las primeras hojas de la novela, Ariel imagina las razones que llevan a su padre a escribir sobre determinados acontecimientos: “Sí sé que una noche de 1983, sospechando que durante el día no se atrevería a separarse de su máscara ni de sus armaduras, encendió una lámpara y se arrojó a escribir. Como en un delirio.” (Pacecho Medrano, 2019, 8). Esta oposición que se establece entre el arrojamiento de la noche y el velo que mantiene en el día supone entonces un vínculo entre aquello que necesita encontrar un cauce en las palabras, pero a la vez, que no pretende ser compartido, al menos en primera instancia. En esa tensión que se crea entre el secreto y la confesión revelada se configura la construcción de una intimidad. Con respecto a esto, Silvia Gianni afirma: “[...] los silencios que encierran significados son aspectos sustanciales en la conformación de la intimidad, porque no tenemos intimidad por lo que decimos, sino por lo que callamos, ya que la intimidad es lo que callamos cuando hablamos” (Gianni, 2020, 129). De esta manera, si la intimidad se pone en juego a partir de aquello que es callado, cuando el silencio toma presencia y se comparte con otro, se construirá una nueva forma de intimidad, que atravesará el vínculo y lo transformará.

Un segundo interrogante que desvela a Ariel es el lugar en el que su padre decide realizar esta confesión:

“Una noche tomó el cuaderno donde yo aprendí a escribir mis primeras letras (¿por qué ese cuaderno?) y allí desentrañó su paso por las tinieblas. Le costó, le costó; eso es lo que señala en varios pasajes del texto. Para expresar dónde y cómo Guatemala le dolía más; para explicarse a sí mismo, o a quien lo leyera, por qué en dos ocasiones no había actuado como un mártir. Para hacerlo, tuvo que hablar de las sombras.” (Pacheco Medrano, 2019, 81).

Para Ariel, que León haya elegido el mismo cuaderno que él utilizó para escribir por primera vez, manifiesta otra de las cosas que su padre no dijo pero que expresó de otra manera, en su clave secreta. Se trata del modo en que se manifiesta la intimidad de su vínculo, a través de estos gestos silenciosos y complicidades mudas. En el recuerdo de una cena familiar, el personaje logra desentramar no solamente el modo en que su padre se comunicaba con él, sino también la respuesta a la primera pregunta que se había realizado al recibir el cuaderno:

[...] de rato en rato papá me dirigía una sonrisa cálida. En un momento esto me hizo sentir más incómodo. Era como si él se diera cuenta de mi vergüenza e intentara protegerme de esa sensación. Se había pasado la vida protegiéndonos, sobre todo a mí, su hijo mayor. Yo era su preferido, ese era mi secreto; él nunca lo hubiera admitido, mas yo lo percibía. Quizás por eso, en 1983, escribió su confesión en mi cuaderno, y no en el de Miriam ni en el de Christian.” (Ibíd., 177)

Así, cuando se expresa y se comparte aquello que fue silencio y que daba resguardo a la propia intimidad, se le otorga a este elemento un nuevo sentido vincular, que transforma los lazos de unión ya constituidos. A medida que se iban permitiendo hablar de la pérdida y el dolor, la familia de Ariel iba destruyendo y construyendo nuevos silencios y generando nuevas formas de intimidad entre ellos:

Así pues, sentados en una cafetería del aeropuerto, mi madre nos reveló detalles más íntimos de la forma cómo conoció a papá. Tengo la impresión de que, cuando empezó a hablar, ninguno de sus hijos volvió a tomar un sorbo de los tés y cafés expresos que teníamos sobre la mesa. Cuando su relato concluyó, nuestro silencio parecía haber pintado cicatrices por todo el aire. (p.43)

Ahora bien, ¿cómo se vincula esta noción de intimidad con las formas que adquiere la memoria en la novela? Leonor Arfuch escribe en sus “Cronotopías de la intimidad” (2005):

[...] la “vida”, lo que cada uno atesora como la más prístina intimidad- aun cuando su entera trama sea compartida por otros-, no existe más que como un cúmulo de sensaciones, percepciones, vivencias, recuerdos, pulsiones, rasgos heteróclitos, cuya lógica, cuya temporalidad, solo *aparecen* en la narración. (Arfuch, 2005, 243)

En este sentido, la narración da forma a aquello que proviene del silencio, al organizar los recuerdos que se amontonan en la memoria, y ordenar ese cúmulo de sensaciones mencionadas a partir de una lógica propia. En esta novela, la escritura es solamente una de las maneras en las que se despliegan los mecanismos de la memoria, ya que para conocer el pasado de su padre, Ariel acude también a dibujos y a fotografías para acercarse un poco más a aquello que conformaba parte de su intimidad. De alguna forma, cada una de estas expresiones de quien fue su padre lo llevaron también a encontrarle nuevos sentidos a diferentes recuerdos que él mismo tenía sobre su infancia. Por ejemplo, Ariel recuerda períodos en los que León se veía melancólico y se aislaba para dibujar. A la luz del relato de su pasado la lectura sobre este momento se modifica: “Al contemplar sus dibujos hoy, entiendo que, más que rehuirnos, en esas alturas se buscaba a sí mismo; también parecía

buscar explicaciones, justificaciones o desahogos para lo que hizo cuando tenía treinta y seis años” (Pacheco Medrano, 2019, 10).

De este modo, el encuentro con aquellos nuevos fragmentos que pertenecieron al pasado de su padre no significó únicamente una transformación en la intimidad del vínculo con él, sino también una reconfiguración de sus propios recuerdos más íntimos. La construcción de su identidad se ve atravesada también, por aquello que descubre en la escritura de su padre.

En las líneas que escribió León, Ariel descubre que en sus años de docencia su padre había sido secuestrado y torturado. Pero el centro de su relato es Coralia del Río, la mujer que se constituye como destinataria de su confesión. En aquello que se relata sobre la muerte de Coralia y la venganza que organiza con dos compañeros, descubre también los alcances del horror en el pasado -y presente- guatemalteco. Ese dolor que siente le permite reconocer que aunque no haya nacido allí, Guatemala está en sus orígenes y en su identidad:

Yo también soy de aquí. Al igual que Eleonora [hija de Coralia] , soy heredero de su historia. Porque somos herederos de nuestros padres, de sus compañeros de caminos, de sus sueños, temores y valentías [...] he debido *despojarme de mis armaduras* <sup>1</sup>para sumergirme en Guatemala, tratando de descubrir qué más existe al fondo de sus bosques para poder mirarme sin miedo frente al espejo. (Ibíd., 289)

Si su padre frente a su familia no lograba separarse de sus armaduras era porque para continuar con su cotidianeidad en el presente, debía acallar los recuerdos sobre aquello que vivió en Guatemala y esconder el dolor que seguía atravesando todos los días. Ariel mantuvo este pacto de silencio incluso luego de la muerte de su padre. Pero la lectura del cuaderno rompió ese pacto para generar un nuevo lazo dentro de su intimidad. El dolor de León se convirtió en el suyo, y debió dejar el mismo escudo que su padre le había enseñado a usar, para encontrar en Guatemala un espacio de pertenencia.

Reflejarse en aquellos bosques de Guatemala y encontrarse con otra cara de su identidad con la que antes no se hallaba, es darle fin a un proceso que comienza en el silencio, en lo ajeno, en la otredad y se transforma en pertenencia e intimidad. En relación a esto, cuando Arfuch al abordar el concepto de intimidad define el término *cronotopías*, configura un mapa en el que el plano espacial también es central para pensarnos en nuestra interioridad:

[...] geografías, lugares, moradas, escenas donde los cuerpos se dibujan en un ámbito que es a menudo la marca más consistente de la cronología, el anclaje más nítido de la afectividad. El espacio -físico, geográfico- se transforma en espacio biográfico. (Arfuch, 2005, 248)

---

<sup>1</sup> El subrayado es mío.

De esta manera, el anclaje en la afectividad que acá se menciona es aquello que permite que Ariel logre concebir a Guatemala como espacio de su propia intimidad. El vínculo con su padre resulta fundante en su relación identitaria con el país.

En las memorias de León, Ariel encuentra también retazos de una memoria nacional, y poder escribir sobre esta historia le va a permitir construir su lugar dentro de ella. Su padre decidió relatar su pasado en un cuaderno en el que se estaban trazando pequeñas marcas de quien iba a ser su hijo cuando creciera. Así, León enmarca su pasado en las líneas familiares del presente. Con este gesto busca inscribir a la memoria en el presente y solo con los trazos de las nuevas generaciones ésta perdurará en el tiempo.

Ariel entonces escribe su historia, aceptando el rol que él mismo posee en ella, y a la vez, comprendiendo que al hacerlo estará sumando su voz a la de muchos más que mantienen viva la memoria de Guatemala: “En ciertas historias de estos personajes se puede encontrar una síntesis del drama nacional guatemalteco” (p.212). Finalmente, la última señal de que Guatemala se vuelve un espacio íntimo para Ariel es el modo en que su lenguaje se encuentra mediado por el impacto que este país tuvo para su identidad. Será entonces la propia Guatemala la que hable a través de sus palabras:

El sol de Guatemala nunca ha dejado de brillar. Y me seguirá atravesando con su rayo quetzal hasta el fin de mis días balam; aunque me vuelva a mi otro país de nubes, azul, bruma; las atravesará para seguir lloviendo, siendo balam, árbol, jaguar, río, sol. Enreda tu nombre en mis palabras. Bosque. Volcán. Lago. Sol. Coral. Balam. (Pacheco Medrano, 2019, 273)

Para concluir, en *El bosque de tu nombre* se invocan relatos a partir de silencios, se crean vínculos nuevos a partir de ausencias y se construyen intimidades en espacios de otredad. La narración, como modo de hacer presente lo omitido y de otorgarle una lógica a los recuerdos del pasado, permite que la memoria encuentre su potencia más genuina, que es la de ser compartida. En esta novela, los personajes realizarán recorridos internos y reconocerán también en el otro parte de su identidad, pero sobre todo, lo que los transformará es comprender que la memoria solo se construye en comunidad.

## Recursos bibliográficos

-Arfuch, Leonor (2005). “Cronotopias de la intimidad” en *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós.

-Gianni, Silvia (2020). “Ausencia que llama, presencia que responde. Mostrar el vacío, materializar la desaparición forzada: afecto e intimidad en dos documentales centroamericanos”. *Revista Istmica*. Número 26 • Julio-diciembre 2020, pp. 125-141.

-Pacecho Medrano, Karina (2019). *El bosque de tu nombre*. Lima: Seix Barral.